

El marxismo del siglo XX¹

André Tosel

Los trabajos aquí reunidos han sido redactados entre los años 1996 y 2007. Ellos pertenecen a un género literario modesto y generalmente considerado menor, la historia del pensamiento o de las ideas. Están dedicados al examen de algunos momentos importantes de la historia de los marxismos y de ciertas interpretaciones de Marx. Por más paradójico que pueda parecer, esta historia no ha sido conocida en Francia mientras que el marxismo desempeñó un rol importante en el plano político e ideológico durante el siglo XX, especialmente entre los años 1930 y los comienzos de los 1980. Es la modalidad de esta presencia la que explica el estado y la naturaleza de este desarrollo limitado. La obra de Marx ha estado atada tanto a la política del Partido Comunista Francés y a las vicisitudes de los grupos comunistas disidentes como a aquellos que reivindicaron a Trotsky y en menor medida a los grupos anarquistas o libertarios.

Dicha obra se ha difundido de manera discontinua en razón de su propia configuración. Marx ha publicado poco en comparación con la cantidad de escritos más o menos elaborados que ha dejado: en Francia estuvieron disponibles sobre todo *El manifiesto comunista*, *Miseria de la filosofía*, la *Contribución a la crítica de la economía política*, el Libro 1 de *El Capital* y algunos textos históricos. Engels, con su *Anti-Dühring* y sus estudios históricos, ha sido el pedagogo del marxismo en Francia y en otros lugares. Hubo que esperar hasta los años 1930 para que fueran descubiertos los textos que estuvieron disponibles luego de 1945, como los *Manuscritos de París* (1844) y *La ideología alemana* (1845-1846). Hasta los años 1950 para sean difundidos por el Partido Comunista, a través de Ediciones Sociales, los libros 2 y 3 de *El Capital* en la versión de Engels y Kautsky. Y hasta los años 1960 y 1970 para que sean traducidos los *Grundrisse*, los *Fundamentos de la crítica de la economía política* (1957-1958), las *Teorías sobre la plusvalía* y el *Manuscrito de 1861-1863*. No ha existido jamás en Francia una edición comparable a la MEGA alemana. Los volúmenes editados por Maximilien Rubel para la Biblioteca de la Pléyade de Ediciones Gallimard están cuidados pero su criterio es discutible. Son temáticos dado que reúnen los textos distinguiendo de manera académica la filosofía, la economía, la política, mientras que la obra de Marx constituye un desafío a esas divisiones. A pesar de los esfuerzos de Lucien Sève, las Ediciones Sociales no han proporcionado una edición científica cronológica. El proyecto existió pero fue interrumpido por falta de medios al calor del declive del PCF. Debe destacarse que en Italia pudo ser publicada una edición científica.

En otras palabras, el propio Marx fue leído tarde en Francia y sobre todo por teóricos germanistas. Esto no ha evitado la existencia de los marxismos y de los intelectuales y activistas que se consideraban marxistas. Por otra parte, las interpretaciones marxistas llamadas ortodoxas -aquellas alimentadas por las socialdemocracias de la II Internacional y luego por los partidos comunistas marxistas leninistas de la III Internacional- han estado, más allá de las supresiones de la problemática política del comunismo, marcada por el desconocimiento del carácter esencialmente inacabado de la crítica marxiana de la economía política,

¹ "Introduction". *Le marxisme du 20e siècle*. París, Syllepse, 2009. Traducción: Marcelo Starcenbaum.

del carácter problemático de su relación con la filosofía y de las lagunas de su teoría política.

Marx ha sido simplificado en función de las necesidades propias de las líneas políticas oficiales, de las exigencias de la táctica, frecuentemente manipulado en el interior de una ortodoxia que era aquella del marxismo-leninismo. Las contribuciones de otros autores -comenzando por las del gran hereje Trotsky, para no hablar de los teóricos consejistas como Rosa Luxemburg, Max Adler, Pannekoek, Korsch- han sido vilipendiados sin ser leídos, simplemente ignorados en razón de la insondable incultura teórica de las direcciones obreras. Los prejuicios y los *a priori* del combate político, el sectarismo stalinista, volvieron imposible una libertad individual mínima para hacerle justicia a los análisis de los adversarios. Este ostracismo permanente, este oscurantismo reivindicado, han sido las reglas de los pocos debates autorizados en el interior del PCF, y han conducido a la marginalización de pensadores de real valor. Tal fue la suerte reservada a Henri Lefebvre, el destacado teórico activo desde antes de 1939 y autor de obras verdaderamente teóricas, cuyo *Le somme et le reste* fue vapuleado por Lucien Sève, quien luego expresó su arrepentimiento.

Los debates internos entre teóricos marxistas, efectivamente preocupados por tomar a Marx con seriedad y confrontar su pensamiento con los desafíos de la historia, no han sido mejores. Ignorancias recíprocas e interpretaciones apresuradas han caracterizado a las polémicas. El pensador comunista más importante después de Henri Lefebvre, Louis Althusser, nunca tuvo en cuenta ésto último y no consideró útil responder las objeciones serias de Sève. Las obras hoy devenidas esenciales, como las de Cornelius Castoriadis o Jean-Paul Sartre -*Crítica de la razón dialéctica*- o las de Eric Weil o Maurice Merleau-Ponty, no han recibido la atención que merecían por parte de los marxistas franceses, tanto ortodoxos como heréticos. Lo mismo puede decirse de los aportes más recientes, como los de Guy Debord o Gilles Deleuze. El marxismo en Francia ha girado en un círculo cerrado y ha confundido la crítica intelectual y la polémica. Los marxistas condujeron sus debates confundiendo la lucha por el poder simbólico y la intervención política. Las elaboraciones que han sido tenidas en cuenta se han caracterizado, a la inversa, por su capacidad de invertir los puntos altos del pensamiento y a medir su interpretación de Marx en el interior de estas confrontaciones. Lefebvre se apropió de ciertos temas de Nietzsche, de la crítica surrealista y situacionista. Althusser interrogó el aporte del estructuralismo (Braudel, Levi-Strauss, Lacan, Foucault) y la tradición de la epistemología histórica francesa (Bachelard, Canguilhem). Sin embargo no fue suficiente para volver posible el comienzo de una historización "marxista" de diversas corrientes que se reivindicaban desde el marxismo. Las reglas mínimas de objetividad histórica y reconstrucción teórica fueron raramente aplicadas.

El provincialismo francés ha contribuido al agravamiento de la situación. Las grandes obras de los creadores marxistas del siglo han sido ignoradas: el joven Lukács, el de *Historia y conciencia de clase*, resurgió hacia fines de los años 1960, especialmente alrededor de las revueltas de 1968, pero el último Lukács, el de la *Ontología del ser social* y la *Estética*, es desconocido. La obra de Ernst Bloch tuvo una recepción limitada a pesar de la existencia de traducciones. La Escuela de Frankfurt ha sido objeto de sospechas, sin lugar a dudas porque el escepticismo que caracteriza a sus producciones ha sintonizado con la crítica heideggeriana de la modernidad. Walter Benjamin ha constituido una excepción debido a la

dimensión de teología negativa y a su rol como teórico de la modernidad estética. Gramsci, poco frecuentado por la dirigencia comunista, tuvo su momento en los años 1970, pero ha desaparecido de la escena francesa en el mismo momento en el que Ediciones Gallimard presentaba los *Cuadernos de la Cárcel*. Trotsky, por su parte, no le ha interesado más que a los trotskistas. Ciertas figuras han sido relegadas a simples nombres, como Karl Korsch, Max Adler o los pensadores del austro-marxismo. Saliendo de este círculo de autores, se impone la misma constatación. Las obras de teóricos de la economía y de la política tan significativos como Bujarin, Hilferding, Mattick, Renner y Neumann han quedado relegadas.

Los estudios que presentamos pretenden evitar tanto el sectarismo partisano como el conformismo académico; tienden a una lectura de acuerdo al canon de la crítica pero sin renunciar a asumir un compromiso ético-político. Le toca al lector juzgar si esta doble decisión ha sido honrada. No son los únicos de su género en Francia. Podemos, y debemos, mencionar las investigaciones que se dirigieron en este sentido, como las de Jacques Texier y Christine Buci-Glucksmann sobre Gramsci, de Georges Labica sobre Lenin y el estalinismo, de Lucien Sève sobre Lenin, de Nicolas Tertulian sobre Lukács y Bloch, de Arno Munster sobre Bloch y Benjamin, de Jean-Marie Vincent sobre Adorno y Horkheimer, de Gérard Rauler sobre estos teóricos de la Escuela de Frankfurt, de Michel Löwy y Daniel Bensaid sobre Benjamin y de Etienne Balibar y Pierre Raymond sobre Althusser.

Debe remarcarse sin embargo que no existe en nuestro país ninguna historia analítica de los marxismos producidos por franceses. La mejor historia en conjunto pertenece al filósofo polaco ex-comunista Leszek Kolakowski, la cual es seria, informada y está muy marcada por el fracaso del comunismo soviético -lo cual es comprensible. Se trata de *Main Currents of Marxism. Its Rise, Growth, and Dissolution*, publicada en tres volúmenes en 1978 y parcialmente traducida al francés por Fayard (dos de tres volúmenes). Esta obra se publicó luego de *Historia del marxismo* del croata Peter Vranicki (1970) y de los estudios del alemán I. Fetscher, *Karl Marx und der Marxismus* (1967). También existen historias colectivas del marxismo como *Storia del marxismo contemporaneo* de los *Annali Feltrinelli* (1973), que ha estado parcialmente a disposición del público francés (diez colecciones de dieciocho) pero luego desapareció del catálogo. En cambio, no ha sido realizada ninguna traducción de la importante *Storia del marxismo* dirigida entre otros por Eric Hobsbawm y Georges Haupt, publicada en cinco tomos entre 1978 y 1981 por Einaudi. Las únicas excepciones han sido *Le marxisme après Marx* de P. Souyri (1970), *Les marxismes après Marx* de P. y M. Favre (1970), “Le développement du marxisme en Europe occidentale depuis 1917” de André Tosel (publicado en *Histoire de la philosophie* por Gallimard en 1974)². El *Dictionnaire critique du marxisme*, dirigido por Gérard Bensussan y Georges Labica (PUF, 1985) ha otorgado indicaciones útiles, y el *Dictionnaire Marx contemporain*, dirigido por Jacques Bidet y Eustache Kouvelakis (PUF, 2001) ha podido completar las lagunas.

Resta mucho por hacer si queremos ser justos con el pensamiento del siglo XX y con los marxistas heréticos y críticos que intentaron darle un segundo impulso a la obra de Marx y si queremos comprender lo que ocurrió en el primer país en tener una revolución que se pretendía comunista, es decir la Unión Soviética. Es necesario abrir nuevamente la pregunta sobre Lenin y el bolchevismo,

² Hay traducción castellana en Belaval, Yvon (ed.). *Historia de la filosofía*. México, Siglo XXI, 1984, pp. 284-462.

sobre Stalin, inventor del marxismo-leninismo, sobre el éxito pasajero y el fracaso de las revoluciones comunistas, sus promesas y grandezas, sus horrores y sus errores, y sobre su fracaso definitivo. La crítica sostenida a lo largo del siglo por el liberalismo político y el liberalismo social y duro debe ser reexaminada: Weber, Croce, Kelsen, Schumpeter, Bobbio, Aron, así como Pareto, Hayek, von Mises deben ser reevaluados. Lenin, el teórico y político que ha orientado de manera decisiva el marxismo del siglo y la experiencia soviética, debe ser confrontado con estas críticas. Los pensadores “malditos” del nazi-fascismo, como Gentile y Carl Schmitt, también son parte de esta historia y estos debates. El regreso crítico sobre la función efectiva de los marxismos ortodoxos y heréticos en la historia del siglo pasado no puede ser resumida a la simple victoria del liberalismo. Además, ¿de qué liberalismo se trata? La fase actual de la modernización capitalista hace reaparecer las tensiones y límites del capitalismo, sin que esté disponible un pensamiento crítico capaz de dar cuenta a la vez de las duras lecciones de la historia y de afrontar el período en su novedad. Los estudios aquí reunidos pretender ser contribuciones inscriptas en esta perspectiva.

Es necesario situar de manera más precisa estas investigaciones, situarlas en un marco histórico y político. Al respecto podemos seguir la periodización de Kolakowski tal como es retomada y modificada por el filósofo italiano Constanzo Preve. Este último, en una obra provocadora pero estimulante, *Storia critica del marxismo. Dalla nascita di Karl Marx alla dissoluzione del comunismo storico novecentesco* (2007), distingue tres períodos.

El primer período comienza con el *Anti-Dühring* de Engels en 1875 y se cierra en 1914 con la Primera Guerra Mundial. Este período corresponde al de la II Internacional y es el de la fundación. Es el de la emergencia de los partidos socialdemócratas y la afirmación del movimiento obrero. Estos partidos se relacionan de manera diversa con Marx, pero son oficialmente marxistas, especialmente la socialdemocracia alemana dominada por Bernstein y Kautsky, quienes son los herederos testamentarios de Engels y contribuyen a la publicación de los manuscritos inéditos de Marx. La crisis del revisionismo en 1899-1900 hace reaparecer las vacilaciones políticas de fondo. Los revisionistas -Bernstein y en cierta medida Jaurès en Francia- se negaban a seguir refiriendo a la perspectiva de una revolución violenta y la revolución del proletariado. Definían el socialismo en los marcos de una república democrática y una socialización de la economía. Los ortodoxos, con Kautsky en Alemania y Plejanov en Rusia a la cabeza, aceptaban la democracia como medio pero afirmaban la necesidad de la extinción del Estado y de una cierta violencia revolucionaria, sin realmente creerlo. Este debate podía llegar a cuestionar ciertos pronósticos considerados economicistas y catastrofistas de Marx, la eliminación de la filosofía objetivista de la historia y la teoría del valor-trabajo. Un ala izquierdista intentaba proseguir la reflexión y orientar la política más allá del debate en un sentido efectivamente revolucionario, con Rosa Luxemburg en Alemania, el joven Lenin en Rusia, quienes aportaron elementos para el análisis de la acumulación mundial del capital, pero se dividían sobre la cuestión de la organización y la democracia. El teórico más importante sigue siendo el italiano Antonio Labriola. Ni uno ni los otros pudieron evitar la integración estatal de los partidos socialdemócratas, la esclerosis de la ortodoxia y la impotencia del reformismo. La Internacional se pretendía pacifista pero no comprendió la función de los imperialismos coloniales y se dejó nacionalizar. La

guerra estalló y los partidos votaron los créditos militares a la espera de días mejores.

El segundo período (1914-1956) es el de la construcción comunista luego de la victoria de la revolución de octubre de 1917 y la creación del primer Estado proletario, la URSS. Está fundado por Lenin, estratega sin par, capaz de transformar la lucha por la paz en guerra civil revolucionaria. Comprende la III Internacional, que funciona entre 1917 y 1945 y acompaña un formidable movimiento de liberación nacional de los países dominados por el colonialismo y el imperialismo. Se cierra con el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS en 1956 que reconoce los crímenes del período stalinista y golpea de manera irreversible al movimiento comunista internacional. Este último parecía llegar a un apogeo en la medida en que la dictadura stalinista parecía, luego de eliminar a la toda la oposición interna, haber construido una economía planificada relativamente estable y procurado las condiciones mínimas de existencia para los trabajadores, a pesar de las terribles represiones ejercidas sobre el campesinado y los militantes opositores. Este apogeo estaba reforzado también por la victoria obtenida sobre la Alemania nazi, la constitución de un campo socialista en Europa oriental, la organización en ciertos países (como Francia e Italia) de partidos comunistas populares, la victoria de los comunistas en China (1949) y el movimiento antiimperialista impulsado por la revolución bolchevique. Esta construcción era la base de referencia de la nueva ortodoxia, el marxismo-leninismo, forjada por Stalin. Esta doctrina, con su división en el materialismo dialéctico, en el sentido más metafísico el fundamento de la filosofía marxista, y en el materialismo histórico, postulado como la verdadera ciencia de la historia de las sociedades humanas y de la edificación del comunismo, pasó en los años 1930 de una ortodoxia a un dogmatismo oscurantista. La libertad de pensamiento se volvió imposible y pensadores y dirigentes de enorme valor terminaron en el gulag. En varios aspectos esta doctrina reproducía y reforzaba los rasgos de la primera ortodoxia -economicismo, creencia en leyes de la historia, culto a la organización, perspectiva utópica de extinción del Estado y las clases. Pero éstos eran reformulados en el sentido de un voluntarismo enajenado que justificaba todas las opciones tácticas de la dirección política y de un nihilismo ético total fundado sobre el fetichismo del partido. De cualquier modo, este corpus se convirtió en una ideología de legitimación para una nueva formación social de clase no prevista por Marx. La toma de conciencia sobre los límites de esta construcción es el elemento que unifica a los intelectuales marxistas capaces de pensar. El problema de la coerción, el lugar de la dimensión ético-política, la hegemonía intelectual y moral, la crítica del economicismo y el culto a la fuerzas productivas, la toma de distancia del determinismo en nombre de la posibilidad real y de la acción, la necesidad de comprensión del aporte de Marx en su relación con Hegel, todo ello constituyó el fondo común de los grandes herejes. Lukács, Bloch, Gramsci, Korsch y la primera escuela de Frankfurt entran en la lista. Intentaron reformar al Príncipe moderno, pero no aportaron nada sobre el plano político. De todas maneras, tropezaron con la cuestión de la naturaleza del nuevo Estado soviético, y en tanto lo criticaron, debieron medirse con la tesis de Trotsky. Para éste, la nueva construcción reposaba sobre una mezcla contradictoria de rudimentos de socialismo y de capitalismo de Estado burocrático. Esta tesis fue duramente discutida desde un amplio espectro de posiciones. Por un lado, algunos apostaban a la naturaleza potencialmente revolucionaria del Estado soviético y trabajaban para su reforma

incluyera un momento democrático (Gramsci, Bloch, Lukács). Por otra parte, otros concluían que la revolución había fallado y se había transformado en una nueva dictadura destinada a combinar economía planificada con regresión política y cultural (Horkheimer, Adorno, Korsch). De todas maneras, la necesidad de hacer un bloque contra el nazismo contribuyó por largo tiempo a cerrar filas, ya que el cerco capitalista permanente había impuesto un estado de excepción devenido normalidad e impedido toda evolución en el sentido de una hegemonía de masas subalternas fundada sobre un centralismo orgánico y no burocrático.

El tercer período es el de la disolución del marxismo en su compleja relación con la autodisolución de la URSS y el comunismo en 1991. Por entonces todo se apresuró. En 1956, la revuelta húngara y los movimientos de disidencia en Polonia y en otros lugares hicieron aparecer el déficit democrático del bloque soviético. A su vez, el movimiento internacional se dividió rápidamente. La China de Mao denunció el revisionismo de una dirección soviética devenida clase dominante, incapaz de dinamizar la economía planificada y de liberar la cultura. La Revolución cultural hizo creer a algunos (Althusser y su grupo) que comenzaba una crítica de izquierda del stalinismo fundada sobre una puesta en movimiento de las masas. De hecho, fue la revisión de tipo democrática la que constituyó la esperanza dominante en la mayoría de los círculos comunistas y la que hizo del *Welfare State* la antesala de un comunismo democrático. Fue el breve período del eurocomunismo en Francia, Italia, España y del humanismo marxista en el Este. Pero esta corriente no pudo jamás precisar cuál era la diferencia entre el eurocomunismo y el regreso a una socialdemocracia marcadamente reformista. De hecho, las divisiones del campo socialista y el endurecimiento del control soviético en Europa del Este (Polonia, Checoslovaquia, República Democrática Alemana) pesaron fuerte. Fue en 1968 que este período pivotea, ya que todas las corrientes, todos los marxismos, se manifiestan: emergencia de la demostración de fuerza más potente del movimiento obrero en Europa, levantamiento de la Checoslovaquia comandada por los comunistas reformadores, insurrección libertaria de la juventud estudiante y el feminismo, efervescencia de la revolución cultural, influencia de la lucha antiimperialista en la Cuba de Castro, el Vietnam de Ho Chi Minh, y los soldados comunistas obligando al coloso americano a retirarse vencido. Es el momento en el que las grandes herejes son leídos (Gramsci) o cuando se les otorga un valor significativo a sus obras (el último Lukács, Bloch). El marxismo es declarado insuperable por Sartre y se vuelve una referencia obligada. Pensadores de real estatura, como Lefebvre y Althusser en Francia, Della Volpe en Italia y Kosik en Checoslovaquia, intentan una nueva relación con la obra de Marx, se esfuerzan por historizar el propio marxismo y comprender en qué ha devenido la revolución de Octubre. 1968 es la última ocasión de una reforma intelectual y moral del comunismo. Pero la pendiente del fracaso se precipita luego de 1968. La revolución cultural se revela inútilmente terrorista y la nueva dirección china hace del partido único el agente de una restauración capitalista susceptible de darle al país el status de una gran potencia. La URSS se resiste a la reforma. Sofocada por el curso armamentístico impuesto por Estados Unidos y perforada por los nacionalismos reprimidos, la nomenklatura se recicla en una élite gerencial y nihilista. Los países capitalistas dominantes se unen alrededor de sus empresas internacionales para desintegrar al movimiento obrero y controlar la democracia en el sentido del neoliberalismo. La hegemonía gramsciana se realiza de un modo inverso que refuerza la adhesión de los partidos socialistas con un social-

liberalismo que no tiene más que diferencias menores con el liberalismo. Estados Unidos se convierte en la única superpotencia e identifica el orden mundial con sus intereses geoestratégicos. La nueva fase de mundialización manifiesta su poder en tanto el capitalismo se desarrolla explotando sus contradicciones internas. La referencia al marxismo se desvanece, aunque se produzcan algunos trabajos de valor. Marx, de hecho, deja de ser leído. La figura emblemática de todo el período es la de Louis Althusser: parte redefiniendo la ciencia marxista del continente historia, invierte su marcha, saluda la crisis final del marxismo y busca una salida en el materialismo del encuentro, esperando el evento milagroso que cambiaría la historia. Maquiavelo, Hobbes y Heidegger se vuelven sus referencias. Se pasa de un programa de reconstrucción total a una deconstrucción radical. El marxismo finaliza en todo el sentido del término. Termina su parábola con el comunismo y se circunscribe en tanto que configuración teórica.

Los estudios de esta compilación se refieren sobre todo a elaboraciones que pertenecen al segundo período de la historia del marxismo, con una importancia particular otorgada a Gramsci, considerado el pensador hereje más orgánico y completo. Toman la perspectiva de esta reforma intelectual y moral de un príncipe que se reveló incapaz de reformarse. También dan cuenta de los esfuerzos poco conocidos de científicos franceses por otorgarle a la doble temática del materialismo y la dialéctica un contenido irreducible a la ortodoxia. La construcción es siempre juzgada como posible y fecunda, tal como lo ilustra la reflexión de Lefebvre antes de 1940 en *La conscience mystifiée*. Los otros estudios se inscriben mayormente en el tercer período, aquel de la disolución del marxismo histórico. Pero no se pretenden liquidadores. Su dimensión crítica está al servicio de la producción de una teoría crítica a la altura del desafío que constituye el fracaso del comunismo histórico y la hegemonía del capitalismo mundializado.

Todos ellos presuponen la posibilidades de otras interpretaciones de Marx, liberadas de la voluntad de ortodoxia, interpretaciones alimentadas por la confrontación con los puntos altos de la modernidad teórica. Esta exigencia es compartida por todos aquellos para quienes la referencia a Marx es a la vez la de un clásico y la de una obra por explorar. Resulta afortunado, por ejemplo, que Jacques Bidet confronte con lo mejor de la tradición social-liberal de Rawls y Habermas en su ambiciosa *Teoría general*, o que Hannah Arendt o Cornelius Castoriadis sean utilizados en este sentido por otros. No pretendemos con estos estudios una obra novedosa, sino más bien darle un nuevo sentido a la rememoración crítica. Lo que sí es seguro es que está definitivamente muerta la vulgata que ha sido considerada el fondo común de los marxismos con sus tres tesis: a) creencia historicista en un sentido teleológico de la historia; b) fe economicista en la apropiación ilimitada de las fuerzas productivas; c) politicismo exclusivo centrado en la lucha de clases gobernada por organizaciones con pretensiones totalizantes.

De hecho, después de 1991, como remarca Constanzo Preve, hemos entrado en la profundización de la mundialización capitalista. Para el marxismo, el estudio de Marx y quienes se refieren a él, se impone la cuestión de saber si este período es el de un posmarxismo destinado a diluirse en mil marxismos sin un sustrato teórico y político común o el de una fundación de la teoría capaz de reflexionar sobre sus límites, sus aporías, y de reformularse sobre otro continente con otras confrontaciones, tal como lo demuestra el ensayo dedicado a la figura de Gérard Granel, quien piensa con y contra Marx, Heidegger y Wittgenstein. El punto de vista

que en definitiva subyace a nuestro itinerario es aquel que emerge en el pasaje del tercer período (renacimiento de la construcción comunista) al cuarto período vinculado a la cuestión “¿posmarxismos o refundación del marxismo?”. Esta pregunta no está respondida. No cesa de hacernos trabajar así como nosotros debemos trabajarla. Las obras teóricas francesas más significativas que operan en este nuevo período no son hostiles a Marx: Bourdieu, Deleuze, Foucault, Derrida y Badiou lo prueban. Todos conservan elementos y proporcionan otros que aportan los cimientos para una nueva construcción. Se abre un nuevo espacio y tiene por tarea la crítica del capitalismo mundializado.